

¿Qué queda de Marx?

*Entrevista de Benjamín Forcano
y Manuel García Guerra¹*

Éxodo: Con la caída de la Unión Soviética, asistimos al final de la experiencia socialista. El comienzo y fin de este siglo hay quien lo hace coincidir con el comienzo de la Revolución Rusa (1917) y el final de la misma (1989). ¿Ha influido esto de alguna manera en el Tercer Mundo, en las fuerzas de la izquierda y en los movimientos de liberación nacional?

FH.: Creo que en los últimos años ha acontecido una transformación del capitalismo mundial, que salió a la luz en el momento más dramático de la crisis del socialismo, es decir, con la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989. En ese momento me encontraba en la República Federal de Alemania, y para mí hubo una conexión simbólica fuerte entre la caída del muro y la masacre de la comunidad jesuítica de San Salvador, que ocurrió apenas una semana después. Lo que me llamó en especial la atención fue que los medios de comunicación europeos se concentraron casi de forma exclusiva en la caída del muro, mientras que el otro acontecimiento, que mostraba tan abiertamente lo que había llegado a ser el Tercer Mundo, quedó reducido a algunas noticias marginales

¹ Publicada originalmente en la revista *Éxodo* (Madrid) No. 37 (enero-febrero, 1997).

en la radio y algunos diarios. Se trató de una "liquidación" en el clásico estilo del totalitarismo de los años treinta, mediante la cual se "eliminó" uno de los centros de la teología de liberación del mundo occidental, y ante la que los medios de comunicación occidentales reaccionaron como habían reaccionado los medios de comunicación de los totalitarismos en aquel entonces, en tanto que los gobiernos occidentales, conducidos por el de Estados Unidos (EE. UU.) (éste, por medio del FBI, secuestró a la más importante testigo y la obligó, mediante amenazas, a cambiar su testimonio) colaboraron para ocultar el hecho.

Un mes después se llevó a cabo la intervención militar en Panamá, que contó con el consenso de todas las sociedades occidentales. Las noticias sobre esta intervención tampoco llegaron a la población. El control de los medios de comunicación en este caso, también se realizó según los métodos clásicos del totalitarismo de los años treinta: en la tarde del primer día de la intervención se mató a un periodista del diario español *El País*, lo que fue una señal eficiente para todos los medios de comunicación allí presentes.

No existe necesariamente una relación causal entre ambos hechos —la caída del muro de Berlín y la masacre de los jesuitas de San Salvador—, aunque el *timing* llama mucho la atención. Pocos momentos históricos de los últimos años fueron tan propicios para la masacre que se realizó en San Salvador, como éste. No obstante, por más que la relación no sea causal, sin duda hay una relación simbólica innegable. Ésta nos demuestra que un capitalismo que trató de aparecer desde la década de los cincuenta hasta la de los setenta como un capitalismo con rostro humano, ya no necesita hacerlo. Ahora de nuevo se puede presentar como un capitalismo sin rostro humano.

El capitalismo se siente hoy en la situación de: "hemos ganado". Aparece una filosofía del Departamento de Estado del gobierno de EE. UU. que habla del fin de la historia (y, relacionándolo con Hegel, de la realidad de la idea absoluta), y que promete un futuro en el cual ya no habrá historia ni conflictos esenciales, en el cual el Primer Mundo habrá encontrado su paz, y en el cual el Tercer Mundo ya no contará.

El mundo que ahora aparece y se anuncia, es un mundo en el que existe un solo señor y amo, y un solo sistema. Tenemos un mundo con un solo imperio, que llega a todas partes —este imperio cubre y engloba el mundo entero—. De repente se hace claro que ya no queda ningún lugar de asilo. Frente a un único imperio, no puede haberlo. El imperio está en todas partes. Llega a tener el poder total, y lo sabe. Y en todas partes el imperio comunica que tiene todo el poder. La autoproclamada "sociedad abierta" constituye la primera sociedad cerrada, de la que no existe ningún escape hacia fuera.

Esto significa: por primera vez el Tercer Mundo se encuentra por completo solo. En su conflicto con el Primer Mundo de los países capitalistas centrales, ya no puede contar con el apoyo de ningún otro país. Ya no puede recurrir a ningún Segundo Mundo que de alguna manera sea solidario con él. En el grado en el que este Segundo Mundo de los antiguos países socialistas sigue existiendo, se ha retirado de la solidaridad con el Tercer Mundo para transformarse en parte del Norte enfrentado al Sur. Como se ha dicho en muchas partes de América Latina: el Segundo Mundo no puede prosperar si no es admitido por el Primer Mundo al banquete en el que se devora al Tercer Mundo.

Junto con esto aparece una convicción más profunda, cuya importancia es innegable: se pierde la conciencia de que existe una alternativa. Parece que ya no hay alternativas, y el Todo, la forma en la cual se autopresenta el Primer Mundo, es la expresión de este estado de conciencia: ¡Somos un mundo que es la Idea Absoluta! Cuando Kolakowski se enfrentó al stalinismo de los años cincuenta, le reprochó ser un "chantaje con una sola alternativa". Sin embargo, no se podía imaginar lo que ocurre cuando este chantaje con una sola alternativa es realizado por un sistema mundial que tiene mundialmente el poder absoluto. En efecto, hasta ahora hemos llegado a esa situación en la que el chantaje con una sola alternativa puede ser llevado a cabo sin restricciones. Hoy, este chantaje se ha impuesto al mundo entero.

La crisis del socialismo no le ha quitado al Tercer Mundo únicamente la posibilidad de buscar solidaridades en su conflicto con el Primer Mundo. Ya tampoco puede recurrir al socialismo en ese campo imaginario de la concepción de alternativas. Ya no puede usar al socialismo para demostrar que efectivamente existe una alternativa, aunque ésta sea tan imperfecta como se quiera. Ya no puede decir que existe tal alternativa.

Éxodo: Los fallos del capitalismo son estructurales, consecuencia de sus mecanismos esenciales. Pero parece que no existe una alternativa al mismo. ¿El marxismo, en su intento de ser alternativa a la economía del mercado, no ha causado otros fallos mayores? ¿Esas deficiencias son intrínsecas a la teoría y práctica del marxismo o son deficiencias históricas inevitables?

FH.: Tenemos que proceder con cuidado. No es simplemente así, que el marxismo querría dar una alternativa a la economía del mercado. Marx hace un análisis que llega al resultado —posiblemente falso— de que los fallos del capitalismo no son superables, sino buscando una alternativa al mercado mismo. Conviene seguir los pasos de este análisis.

En su análisis del capitalismo, Marx llega a un resultado tajante. Quiero citarlo:

Por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: *la tierra y el trabajador* ².

Ése es su resultado del análisis de la plusvalía. Según él, seguir con el capitalismo es seguir un proceso de destrucción fatal, que implica no solamente al ser humano, sino también a la naturaleza. Sería un proceso de suicidio colectivo de la humanidad.

Este resultado permanece válido hoy, posiblemente incluso para la mayoría de aquellos que analizan el capitalismo actual, vengan de la izquierda o del lado conservador del espectro político. El miedo de que este análisis pueda ser cierto, es palpable en toda nuestra publicidad hoy.

Ciertamente, en la actualidad le damos una importancia mayor al elemento de la destrucción de la naturaleza de lo que Marx preveía, pero sin duda el mismo Marx ya tenía conciencia de este problema.

Si Marx busca una alternativa al capitalismo, eso es el resultado de la necesidad que él ve de parar y superar este proceso de destrucción. Toda su reflexión gira alrededor de eso. Para Marx, la búsqueda de una alternativa es algo necesario, urgente e inevitable, en cuanto la humanidad no quiere sucumbir con el capitalismo y sus tendencias destructoras.

Por tanto, Marx no busca el socialismo. Él busca la solución para estas tendencias destructoras del capitalismo, y las visualiza como una cuestión de vida o muerte. Esta solución la llama socialismo.

Este problema de la alternativa al capitalismo la enfrentamos nosotros hoy posiblemente con más urgencia y con mayor necesidad que el propio Marx. Sigue siendo necesaria y sigue siendo inevitable, si no queremos aceptar un suicidio colectivo de la humanidad.

Marx nunca da una respuesta concreta sobre cómo realizar esta alternativa. No formula el proyecto de ningún socialismo. Sin embargo, vislumbra la alternativa en términos radicales, esto es en términos que tocan a las raíces. Marx supone que este capitalismo no se puede superar, sino sustituyendo el mercado mismo por alguna forma diferente de coordinación social del trabajo. Él supone que cualquier relación mercantil intrínsecamente lleva al capitalismo, y por consiguiente a la profundización de esas tendencias destructoras del ser humano y de la naturaleza. Por eso, su problema

² Marx, *El capital*, págs. 423s.

también en este caso es la superación de estas tendencias destructoras, no la abolición del mercado de por sí. Pero Marx está convencido de que sin la abolición de las relaciones mercantiles mismas, el problema no tiene solución.

El socialismo histórico nunca pudo abolir las relaciones mercantiles. En su ideología, no obstante, mantenía la meta postergándola a un comunismo que llegaría en un futuro indefinido. Sin embargo, el resultado histórico del socialismo implica el reconocimiento de que cualquier alternativa al capitalismo hay que buscarla en el marco de la vigencia de relaciones mercantiles sin ninguna perspectiva de su abolición posterior. Marx no previó eso, por tanto, tampoco podemos hallar en él una respuesta.

La posición de Marx, según la cual cualquier alternativa al capitalismo implica la abolición del mercado, es en la actualidad más bien la posición de la derecha neoliberal. Eso es comprensible porque lleva al resultado de que no hay alternativa al capitalismo, en el mismo grado en el cual no hay alternativa a las relaciones mercantiles. No hay alternativa si no es factible una abolición del mercado. En consecuencia, después del resultado histórico de que no es posible ninguna abolición del mercado, no hay alternativa al capitalismo.

Por eso, el pensamiento sobre alternativas aparece ahora en términos de relaciones mercantiles que no sean capitalistas. Ésas serían relaciones mercantiles canalizadas de una manera tal, que no puedan desarrollar las tendencias a la destrucción del ser humano y de la naturaleza que Marx analizaba, y que nosotros hoy constatamos con más evidencias que nunca.

La alternativa al capitalismo sigue siendo un problema de vida y muerte, urgente e impostergable. Lo es porque el capitalismo es muerte, es suicidio colectivo de la humanidad. Por eso, puede haber dudas acerca de la posibilidad de una alternativa. Marx podría tener razón con su tesis de que no habrá superación del capitalismo sin la abolición del mercado, de lo que se seguiría que la imposibilidad de esta abolición lleva necesariamente a los últimos días de la humanidad. Pero algo sigue siendo seguro: el capitalismo no es alternativa. Que no haya alternativa al capitalismo, significaría que la humanidad no tiene futuro.

Éxodo: La derecha defiende a capa y espada el sistema occidental capitalista, y, por lo tanto, rechaza el socialismo. ¿Los motivos de ese rechazo son que el marxismo es materialista, ateo y totalitario o son otros los motivos encubiertos?

FH.: Hablar de los motivos, es algo difícil. Se trata de la pregunta por la razón del anticomunismo en nuestra sociedad. Se sigue tratando del fantasma del comunismo que recorre Europa y

el mundo. La razón no puede ser que el comunismo sea materialismo, o ateísmo o totalitarismo, pues los que reprochan todo eso al marxismo son muchas veces ateos (y si no son ateos son idólatras), casi siempre son totalitarios y encubren intereses muy materiales que tienen. En cambio, el anticomunismo en nuestra sociedad tiene un función.

Según se dice, Thomas Mann sostenía que la mayor imbecilidad del siglo XX es el anticomunismo. El anticomunismo transforma todos aquellos valores que Max Weber había denunciado como "ética de convicción" que amenaza a la responsabilidad, en valores del comunismo. En nombre de la lucha en contra del comunismo los destierra de nuestra sociedad. De este modo se hace imposible su reivindicación. Efectivamente, el anticomunismo nos ha hecho perder la libertad.

La escena central del drama de Bertolt Brecht: *Galileo Galilei*, consiste en el interrogatorio en el cual los inquisidores enfrentan a Galileo. Lo enfrentan en nombre de Aristóteles, que es su fuente de verdad. Concluyen, por supuesto, que Galileo está equivocado. Éste les pide que vean por el telescopio para conocer lo que ocurría con las lunas del planeta Júpiter. Los inquisidores se niegan a mirar, aduciendo que jamás podría verse nada que no estuviera ya dicho en la física de Aristóteles. De esta manera desautorizaron la realidad en nombre de una verdad preconcebida.

El anticomunismo crea una situación como ésta, pero la crea de una manera invertida. Por eso, no tiene una sola máxima autoridad de la verdad. En vez de eso, tiene una máxima autoridad de la falsedad. Esta autoridad máxima del anticomunismo no es Aristóteles, sino Marx. Para comprobar que alguna tesis es falsa, es suficiente comprobar que Marx la compartió. Eso paraliza cualquier ciencia crítica. Sin embargo, dado el hecho que una ciencia deja de serlo si no es crítica, paraliza la ciencia misma. Las autoridades máximas dominan para decirnos donde *no* debemos ir. En el mundo preburgués nos decían donde ir. En el mundo burgués ordenan donde *no* ir. Y el donde, hacia donde *no* se debe ir, es cualquier alternativa a la sociedad desastrosa que estamos viviendo. Se habla en nombre de muertos declarados, y el resultado es que estos muertos ordenan.

Ésta es la razón por la que el anticomunismo es la mayor imbecilidad del siglo XX. Todas las discusiones se empobrecen, el control social es férreo alrededor de esta máxima autoridad invertida. Consensos artificialmente impuestos hacen que la referencia a esta máxima autoridad sea suficiente para volcar las convicciones de una manera tal, de *no* ir donde *no* se debe ir.

Y los inquisidores que imponen ahora esta autoridad máxima de Marx, también se niegan a mirar la realidad. No usan ni sus ojos naturales ni los telescopios. Inclusive prohíben su uso. En los

principios máximos de sus teorías del mercado está la verdad, y la referencia negativa a Marx guía los pasos para no alejarse jamás del camino correcto de los principios. La realidad se desvaneció, y no puede sorprender que sea destruida a pasos de gigante.

Hoy se requiere reclamar libertad en contra de la imbecilidad del anticomunismo. Libertad para poder discutir sobre un futuro más allá del capitalismo que amenaza nuestro futuro. Pero Marx es la no-persona de nuestra sociedad, y como tal, la máxima autoridad para indicar los caminos por donde *no* orientarse. De esta forma, es la máxima autoridad del socialismo histórico e igualmente la máxima autoridad del capitalismo salvaje actual. Deshacernos de este tipo de autoridades sólo es posible reconociendo a Marx como uno de los más importantes pensadores de nuestro tiempo. Sin ese reconocimiento se transforma en autoridad ciega. Se necesita una referencia de respeto y no de autoridad, ni directa ni invertida. De otra modo permanecemos en las redes de un fantasma y jamás alcanzamos ni libertad ni realidad. Y el grado en el cual se requiere ir más allá del marxismo para poder ir más allá del capitalismo, se tiene que decidir en una discusión libre y no por órdenes de nuevos inquisidores que reclaman la verdad más allá de cualquier razón.

Ésta es la libertad que nos hace falta. Porque, no ser anticomunista no implica ser comunista. No ser anticomunista es la condición para tener despejada la cabeza.

Éxodo: Estamos viviendo, en palabras escritas por usted mismo, en un tiempo en que "el mercado es visto como el camino para el bien absoluto de la humanidad, una utopía fulminante que se realiza por la destrucción y eliminación de todas las resistencias contrarias a él". Como consecuencia, se insta a implantar ese automatismo de mercado sin piedad, a exigir un Estado anti-intervencionista, a liquidar todas las aspiraciones y movimientos reformistas. ¿Qué futuro tiene esta ideología neoliberal y cuáles son ya sus efectos en el planteamiento de una economía mundial? ¿Qué desafíos plantea para cuantos buscan una alternativa a sus contradicciones?

FH.: El neoliberalismo no tiene futuro, pero tiene el poder. Tiene efectos tan destructores sobre la vida humana, que puede seguir dominando sólo con concentrar todo el poder. Y el poder ciego puede durar mucho a pesar de que el dominio tenga efectos desastrosos. Este poder implica en la actualidad una ideología de negación y destrucción de cualquier alternativa. El neoliberalismo no se legitima de manera positiva, por logros, sino negativamente por la negación y destrucción de las alternativas. No es que falten alternativas, sino que ellas son destruidas. De modo que, hoy, el buscar alternativas no consiste simplemente en proponer medidas

alternativas. Significa lograr espacios para realizar alternativas sin que éstas sean borradas por un poder capaz de destruirlas.

Sin embargo, al tener todo el poder, el neoliberalismo solamente puede caer si pierde legitimidad entre aquellos que sostienen este poder. Sólo en este caso movimientos alternativos pueden lograr espacios. En caso contrario, no viviremos ningún éxito del neoliberalismo, sino un proceso de decadencia progresiva análoga a la decadencia del Imperio Romano. Ya hoy se nota este proceso de decadencia. No podemos excluir la posibilidad de que éste se prolongue a largo plazo, comprometiendo esta vez la propia existencia de la humanidad y de la naturaleza.

Éxodo: Usted, como economista y teólogo, ha seguido muy bien el origen y la trayectoria de la teología de la liberación precisamente en un continente que ha conocido como pocos la injusticia, la opresión y las dictaduras militares. ¿Por qué se ha acusado a la teología de la liberación de marxista, como si tal circunstancia la llevara a dejar de ser verdadera teología y corrompiera la fe cristiana? ¿Puede un cristiano ser marxista?

FH.: Si hay cristianos que a la vez son marxistas o se consideran como tales, entonces un cristiano puede ser marxista. Y como hay cristianos que son marxistas o se consideran como tales, cristianos pueden ser marxistas y marxistas pueden ser cristianos. Toda otra respuesta es un asunto de inquisidores.

El reproche de marxista a la teología de la liberación es parte del anticomunismo que domina nuestra sociedad. Los términos en los cuales aquellos que hacen este reproche se refieren al marxismo, lo revela. El cardenal Ratzinger, por ejemplo, sostiene lo siguiente:

El pensamiento de Marx constituye una concepción totalizante del mundo en la cual numerosos datos de observación y de análisis descriptivos son integrados en una estructura filosófico-ideológica, que impone la significación y la importancia relativa que se les reconoce... La disociación de los elementos heterogéneos que componen esta amalgama epistemológica híbrida llega a ser imposible, de tal modo que creyendo aceptar solamente lo que se presenta como un análisis, resulta obligado aceptar al mismo tiempo la ideología (*Libertatis nuntius*, VII, 6).

Si eso es cierto, Marx es un brujo. Enfrentado con el inquisidor, por tanto, corre peligro de muerte y de ser quemado vivo. Hay una sola obligación: ayudarlo. Resalta el miedo a la libertad, una libertad que los teólogos de la liberación han conservado al negarse al sometimiento al anticomunismo. De hecho, Marx es un pensador

tan importante para toda la modernidad, que es muy difícil no pensar muchas veces en términos cercanos a él. Sobre todo, Marx ha impregnado fuertemente toda crítica al capitalismo, sea ésta marxista o no. Por eso sorprende que Ratzinger reproche el marxismo en la teología de la liberación. Porque es obvio que el propio pensamiento de Juan Pablo II muestra esta influencia. Quien lee por ejemplo la encíclica *Laborem exercens*, percibe el hecho de que el actual Papa ha hecho una lectura intensiva de los manuscritos económico-filosóficos de Marx. En especial el concepto de sujeto, que el Papa usa a partir de esta encíclica, proviene con claridad de allí. No lo copia, sino que lo transforma. No obstante su origen es innegable. Pero no sólo el concepto de sujeto, también el concepto de socialización que el Papa desarrolla en esta encíclica tiene este origen y corresponde al concepto de Marx mejor que el concepto de socialización de la ortodoxia marxista, para la cual socialización es igual a estatización. Algo parecido vale para el concepto de la subjetividad de la sociedad y de la primacía del trabajo sobre el capital. En general, la crítica de Juan Pablo II al socialismo histórico es una crítica que recurre precisamente a conceptos resultantes del propio pensamiento de Marx. De importancia central es el concepto de sujeto, que el Papa desarrolla y mantiene hasta hoy. Es visiblemente análogo al concepto de sujeto que Marx desarrolla en sus manuscritos.

Todo eso es bastante obvio. Sin embargo, influencias parecidas del pensamiento marxista se notan en la *Gaudium et spes* y en las encíclicas de Pablo VI.

Esto evidentemente no transforma la doctrina social de la Iglesia en "marxista". Pero sirve recordarlo para evaluar mejor los ataques a la teología de la liberación por su presunto "marxismo". Ella usa fuentes marxistas igual que lo hace esta doctrina social. Esto explica el hecho de que no haya ninguna contradicción entre la interpretación del capitalismo de parte de los teólogos de la liberación y la doctrina social, inclusive la del Papa actual. La relación es de compatibilidad, mientras sí existe una clara disonancia entre las enseñanzas de esta doctrina y las enseñanzas neoliberales.

Los teólogos de la liberación, sin embargo, no se apoyan mucho en las enseñanzas sociales de Juan Pablo II. La razón también es bien comprensible. Él inmuniza sus enseñanzas por un anticomunismo tan extremo, que produce una incapacidad completa para actuar de acuerdo con estas enseñanzas. El anticomunismo irracional de este Papa, hace del todo imposible llevar a cabo acciones en correspondencia con sus propias enseñanzas sociales. Tomás de Aquino dijo una vez: De qué le sirve al hombre tener la verdad, si la tiene en una cabeza vacía. Ése es el problema de la enseñanza social del Papa actual. El anticomunismo produce una vaciedad tal de las cabezas, que ni la verdad las puede salvar.

Éxodo: En el pensamiento de Marx se da como una absolutización del elemento económico. Es cierto que el ser humano hace la religión, pero eso no es argumento para deducir que Dios sea sólo un producto de su cabeza o que sea pura nada. ¿No se da un influjo de la religión en los procesos económico sociales? ¿No hay cuestiones humanas a las que el marxismo ortodoxo deja sin respuesta? ¿Qué pueden aprender los marxistas de los cristianos? ¿Y qué los cristianos de los marxistas?

FH.: La tesis de la absolutización de lo económico de parte de Marx hay que evaluarla muy bien. No es siempre unívoca. No obstante hay un resumen hecho por Engels, que en principio la expresa. Dice en su carta a J. Bloch (21-22 de septiembre de 1890):

Según la concepción materialista de la historia el momento determinante de la historia es en última instancia la producción y reproducción de la vida real. Más no hemos sostenido nunca ni Marx ni yo.

Si efectivamente entendemos por materialismo histórico eso, entonces es algo bastante obvio y no veo cómo se lo podría refutar. Cuando la vida real —esto es, la vida corporal— no se reproduce, la misma sociedad con todas sus dimensiones deja de reproducirse. Lo mismo vale para cada persona. Sin vida corporal, no hay vida en absoluto.

Por esta razón, la tesis no es de por sí algo específico de Marx. De alguna manera todos lo sabemos, aunque se lo expresa muy raras veces. Además, la tesis no sostiene que la economía sea la primera instancia. Eso sería muy burgués. Cuando se dice: el dinero domina el mundo, se sostiene que la economía es la primera instancia de la vida. Lo mismo ocurrió con el estalinismo, cuando erigió el crecimiento económico en primera instancia de la vida social e incluso de la vida personal. El marxismo ortodoxo descansa, al igual que el pensamiento burgués hoy, en un economicismo que eleva la economía a primera instancia. Sustituye, por ende, la reproducción de la vida real como condición de cualquier vida por los criterios cuantitativos del éxito económico: la tasa de ganancia o la tasa de crecimiento económico.

Pero cuando consideramos la economía como el ámbito de la producción y reproducción de la vida real, ésta se encuentra necesariamente en el lugar de la instancia que decide en último término. Hagamos lo que hagamos, no lo podemos hacer sino en el marco determinado por la producción y reproducción de la vida real. Si no respetamos este marco, cometemos suicidio. Cortamos la rama del árbol sobre la cual estamos sentados.

El pensamiento que antes de Marx insistía con más fuerza en este mismo hecho, es el de Tomás de Aquino. Hay una fuerte analogía entre los dos, aunque la manera de expresarlo sea muy diferente. Un principio central del pensamiento de Tomás es precisamente: *gratia supponit naturam*. Eso no excluye que Tomás conociera muchos valores "superiores" a los valores de la naturaleza humana (de la producción y reproducción de la vida real). No obstante, de la tesis *gratia supponit naturam* deduce un principio de discernimiento entre valores "inferiores" y valores "superiores", que consiste en la exigencia: ningún valor superior puede ser realizado sacrificando a un valor inferior. La bendición del pan es un valor superior, el pan un valor inferior, sin embargo no se puede sustituir el pan por la bendición del pan. Aun cuando se trate de la bendición, no se puede tenerla sin tener el pan. Ésta es la contrapartida tomista de la última instancia económica, y no descubro ninguna diferencia esencial entre la posición de Marx y Engels y la de Tomás de Aquino, pese a que hoy ya no hablamos en términos de valores inferiores y superiores.

Si analizamos bien este paralelismo, no puede quedar ninguna duda de que el descubrimiento de la economía (entendida ésta como producción y reproducción de la vida real) como última instancia de la vida humana, jamás puede explicar el ateísmo de Marx. Lo que Engels llama el materialismo histórico, la tradición anterior lo llamaba realismo.

Por eso es comprensible que exista una tensión muy real entre la economía como última instancia (producción y reproducción de la vida real) y los economicismos de la maximización de las ganancias o de la tasa del crecimiento económico. Marx la expresaba como tensión entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Hoy, para nosotros, la expresión fuerzas productivas no transmite el significado que Marx le dio. La ortodoxia marxista las interpretó como crecimiento económico cuantitativo y destruyó así toda la concepción original.

Sin embargo, lo que Marx sostenía explícitamente era que la sociedad burguesa tiene una lógica inevitable hacia el socavamiento acumulativo de la producción y reproducción de la vida humana. La imposición de esta lógica la consideraba un suicidio de la humanidad. De allí concluyó que la superación del capitalismo era una necesidad histórica. Creo que esta tesis sigue en pie en la actualidad, y quizás hoy tenemos más conciencia del peligro que la que había en el tiempo de Marx.

Éxodo: No hay duda de que el socialismo defiende una utopía muy próxima al Evangelio, cuando defiende la sociabilidad del ser humano, que los valores del ser humano no son el dinero y el lucro, que hay que transformar la sociedad hasta lograr que en ella no

hayan clases ni explotados, etc. Conseguida esta nueva sociedad, ¿el marxismo se plantea qué puesto tendría en ella la religión: sería superflua o sería posible en ella una nueva forma de religión? Es decir, ¿el talante ateo marxista es fruto de un malentendido histórico, de una experiencia histórica adulterada o pertenece al núcleo esencial del marxismo? ¿Se puede dar por liquidada su crítica a la religión?

FH.: La crítica de Marx a la religión se encuentra concentrada en su teoría del fetichismo, que pasa prácticamente por toda su obra. En efecto, el pensamiento de Marx tiene esta crítica como su base, hasta como su punto de partida. Es evidente que ella tiene raíces muy antiguas, y se conecta con la crítica de los profetas judíos a la idolatría.

Ésa es la razón del gran impacto de Marx en toda la cultura moderna posterior. Ha tenido mucha influencia tanto en el pensamiento sociológico como en el teológico. En la Escuela de Fráncfort, es sobre todo Walter Benjamin quien la reformula y profundiza. En el pensamiento teológico tiene su primer gran influencia en la teología de Karl Barth, para encontrar posteriormente su continuación en la teología de la liberación. Para esta teología el problema central deja de ser la creencia en la existencia de Dios; en su lugar aparece con insistencia la pregunta por los dioses falsos y su crítica. Su problema central por tanto no es el ateísmo, sino la idolatría. En consecuencia, se pregunta por una fe que no sea idolátrica. Cuando en nuestra cultura actual se habla de la idolatría del mercado, raras veces se recuerda que el análisis primero y más profundo de esta idolatría se encuentra precisamente en la crítica de Marx a la religión .

Ahora bien, desde el punto de vista del teólogo, y también del sociólogo, no existe ninguna razón intrínseca para vincular la crítica del fetichismo o de la idolatría con posición atea alguna. Por eso, ni Karl Barth ni los teólogos de la liberación indagan mayormente en las razones de Marx que explican el desenlace ateo de su pensamiento. De ahí que muchas veces ese desenlace sea visto sencillamente como un malentendido histórico o como resultado de experiencias negativas con el cristianismo burgués de su tiempo, el cual en efecto se había identificado con la sociedad burguesa y su idolatría del mercado.

Pero aunque estos elementos pueden ciertamente haber desempeñado un papel, eso no satisface como explicación del ateísmo de Marx. Pues el desenlace ateo de su crítica a la religión se halla vinculado con el núcleo de su análisis. Eso se hace visible a partir de su imaginación de la nueva sociedad que supera al capitalismo. Marx habla en referencia a esta sociedad de comunismo, de socialismo o de asociación de productores libres. La concibe como una

sociedad más allá de las relaciones mercantiles y del Estado, como sociedad sin clases y por consiguiente sin explotación. Es una sociedad que ha solucionado de modo definitivo el problema humano. Y, en efecto, si la sociedad que sigue al capitalismo es eso, ninguna religión tiene lugar. Cuando Marx saca esa conclusión, él es perfectamente coherente.

Hoy, después de las experiencias socialistas del siglo XX, no es difícil ver que tal concepción de la nueva sociedad desemboca en un utopismo perdido de antemano. La sociedad que Marx anuncia como comunismo, es una conceptualización más allá de la condición humana. Aun cuando se consiga la superación del capitalismo, no será el comunismo lo que lo siga. Cualquier sociedad que supere al capitalismo, continuará siendo una sociedad que se desarrolla en términos de relaciones mercantiles y estatales. Será una sociedad que se realiza en los límites de la condición humana.

Se trata aquí de una crítica al pensamiento de Marx, que se ha vuelto condición de cualquier posible continuación del propio pensamiento de éste. De esta forma se capta la estrecha conexión entre la imaginación de la superación del capitalismo por el socialismo y el enlace ateo de la crítica a la religión. En cuanto el comunismo se halla necesariamente más allá de la condición humana, la imaginación de su realización implica también necesariamente la muerte de la religión. Pero donde hay condición humana, el ser humano no puede ser dueño soberano de su destino. Por tanto, la posibilidad de la religión vuelve.

Esta reflexión revela la raíz profunda que el ateísmo tiene en el pensamiento de Marx. Esta raíz la hereda de la iluminación. El análisis es muy consistente y tiene como resultado que únicamente una crítica a Marx —una crítica en sentido kantiano y no del tipo del grito: Marx ha muerto— puede hacer ver un enlace distinto.

Existe no obstante un nivel más profundo del ateísmo de Marx. Karl Barth hace referencia a éste cuando insiste en que si Dios se ha hecho ser humano, el ser humano se ha hecho Dios. Aparece un problema que más tarde Bloch analiza en un libro con el título: *El ateísmo en el cristianismo*. El desenlace del cristianismo contiene asimismo la perspectiva de la desaparición de la diferencia entre el ser humano y Dios.

Interpretando a Bloch, se podría decir: los cristianos pueden aprender del marxismo el ateísmo. Los marxistas, en cambio, pueden aprender de los cristianos que el ateísmo es una cuestión de religión, pero no de fe.